

DE BUENAS LETRAS

Beneficios de escribir una novela

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Una novela es un mundo. Crear ese mundo. Tanto si es un mundo nuevo, fantástico, como si sucede en nuestro mundo conocido, con personajes que podríamos encontrar al volver la esquina. Quien la escribe convierte su vida en ese mundo que crea. De modo que, en muchas ocasiones, si el novelista es bueno, sus protagonistas se convierten en amigos, enemigos, admirados, despreciados, envidiados, deseados u odiados, pero siempre comprendidos. El autor vive dos vidas: la real, la suya cotidiana y la inventada. Y no crean ustedes, esa vida inventada puede ser tan real, dolorosa, placentera, monótona o aventurera como la otra.

Si el narrador tiene calidad, cuando menos si su escritura es de largo desarrollo, ese sumergirse en el mundo ideal implica documentarse. No

solo documentarse en el ambiente histórico de la novela, sino asimismo sobre los asuntos que rodean a los personajes. Si hay uno que sea torero, el escritor deberá estudiar tauromaquia; si es pescador, tendrá que saber del mar, y si fuese boxeador, tendrá que conocer los intrínquilis de ese deporte. Lo que implica, en muchas ocasiones, unas erudiciones equivalentes a cien carreras universitarias. Pero, sobre todo, esa erudición no deberá notarse, al lector no le importan los esfuerzos del escritor, sino los resultados. Los conocimientos y, por ende, la sabiduría, que se adquieren escribiendo una novela son hartos satisfactorios. Los personajes acabarán diferentes de cuando su historia fue iniciada. El autor, también. A veces, hasta mejor persona. Depende.

Por eso es especie de traición escribir ficción hablan-

do solo de aquello que previamente se conoce. Digamos que es traición la autoficción, es decir, tomar la propia vida y, con ligeras variaciones, narrarla sin añadir nada que no se sepa ya. Yo lo he hecho, y me arrepiento. Mi remordimiento llega a extremos de autoflagelación. Por eso ahora intento escribir siempre algo que me aporte cosas a mí mismo. A fin de cuentas, como me leen cuatro amigos y un par de desconocidos (con suerte), lo importante de todo esto es gozarla, llenar un tiempo que de otra forma estaría vacío, aprender, incrementar la sabiduría (muy a menudo, esta tiene bien poco que ver con los conocimientos), es decir, que escribo para mí mismo, o casi. «Escribir en Madrid es llorar», dijo Mariano José de Larra. En Madrid y hasta en Bollullos. No lloro: me carcajeo e intento aprender. Y disfrutar.